

CARLOS GIMÉNEZ

LA MEMORIA EXPORTADA

En ese "sustituto" de prólogo que Anna Ajmátova colocó al frente de su grandísimo poema *Réquiem*, escrito y meditado a lo largo de cinco sombríos años, retrata una de las escenas más conmovedoras con la que jamás me he encontrado: aquella en la que, a las puertas de la cárcel, una mujer que la reconoció, abandonó "el encorchamiento" en que todos estaban y le preguntó al oído: "¿Y usted puede dar cuenta de esto?" Y Anna le respondió: "Puedo." Y escribe: "Y entonces algo como una sonrisa asomó a lo que había sido su rostro."

Frente a la palabra y a la imagen impregnadas de mentira que generaron los vencedores de la guerra civil —¿quién puede olvidar ese cartel angélico de Carlos Saenz de Tejada sobre Auxilio Social, en el que un padre y una madre, con sus dos hijos y un perro que brinca de alegría, avanzan por una colina, sobre el lema "En nuestra justicia está nuestra fuerza?"—, Carlos Giménez ha "podido" y ha sabido hacer de la memoria de los vencidos un testimonio que, en obras como *Paracuellos* o *Barrio*, rebate la falsedad de un pasado histórico que ha querido avasallarnos con una supuesta objetividad que anulaba lo individual, y que arrumbaba a los hombres, y a las mujeres, y a los niños que padecieron aquel oprobio para convencernos de que el relato de todos ellos no tenía cabida en lo que se postulaba como una ciencia.

Le escuché decir una vez al filósofo Reyes Mate que hay dos clases de pasado: uno que llega hasta el momento presente y otro que desaparece. El primero, del que se ocupan los historiadores, es el de los vencedores. El segundo, que es el de los vencidos, no tiene más valor que la memoria.

En el mundo de la historieta son muchos los que parecen creer que la memoria actúa espontáneamente, y que basta con convocarla para conferir un tinte autobiográfico a sus relatos, y olvidan que la memoria es un complicado laboratorio en el que, sólo a base de mucha dedicación, se pueden llegar a conocer los mecanismos por los que se rigen tanto ella como su ancestral enemigo, el olvido. Un olvido que, cuando se impone, se convierte en la mejor de las antecámaras para recibir a la barbarie.

En parte por esa razón, hay que alcanzar cierta madurez hasta comprender que la propia asunción del recuerdo sufre a lo largo de nuestras vidas muchas mutaciones, y que, así como en la infancia y en la juventud, son los agentes que nos llegan desde el exterior los que nos causan las más hondas conmociones, no es hasta mucho más adelante cuando éstas se generan en lo profundo de nosotros mismos y podemos experimentar nuestras vivencias de otra manera.

Carlos, censuras aparte, tuvo que esperar a ese momento de formación para llevar al papel su visión subjetiva de aquellos años de posguerra, deslizándose por el peligroso filo de sentimentalismo y melancolía que conllevan siempre los relatos en los que el sujeto adquiere el protagonismo de poner voz a los aspectos más desgarradores de la verdad para que sea el lector el que imparta la justicia con la que no pudieron contar las víctimas.

La memoria, decía un Adorno aterrorizado por el descubrimiento de lo lejos que había llegado la crueldad nazi, debe ser el nuevo imperativo moral y la moralidad sólo la alcanzaremos respondiendo a la inhumanidad.

Viñetas extraídas del álbum *Barrio*, Glenat



Hace más de treinta años que conozco a Carlos Giménez y siempre le he visto marcado por ese afán de responder al abuso de los tiranos y por la infancia que le arrebataron, que es una suerte de granero al que regresa periódicamente para comprender lo que luego ha sido. Porque quizá la vida no es más que una especie de repetición permanente de lo que vivimos cuando niños y quizá también todos los miedos y las vejaciones que nos acontecen en ella nos explican y explican nuestras obras. Pero en esa revisión permanente de nosotros mismos, algunos como él se hacen acompañar de otras voces, voces silenciadas que no tuvieron la fortuna o los medios de conocer la alquimia por la que podemos hacer del recuerdo un ejercicio colectivo y universal (el sufrimiento es quizá la única y auténtica globalización).

El general golpista Queipo de Llano recordaba en sus alocuciones a los republicanos que incluso

a aquellos que estuvieran muertos los volvería a matar. Y el régimen político que se impuso con la victoria de los militares sublevados en julio de 1936 se afanó por matar y rematar los cuerpos y los recuerdos hasta hacer de España una geografía en la que sólo tuviera cabida su testimonio, el de los vencedores.

He reído con Carlos, que es también un virtuoso del humor, y he llorado con Carlos cuando he paseado de su mano hasta el corazón de la capacidad de resistencia de los humillados frente a la amnesia, unas veces impuesta y otras pactada, y es de los pocos autores españoles que me reafirma en que la mejor ética y la mejor historia deben hacerse con los ojos de las víctimas.

Felipe Hernández Cava

REFLEJOS DE UNOS OJOS CON MEMORIA

Son los ojos. Los ojos de aquellos niños. La manera que tenía de dibujar unos ojos que evidenciaban el miedo, la angustia, la duda. Unos ojos que eran los nuestros, los que quisieron enterrar durante tantos años, aquellos ojos que yo nunca viví en directo pero que conocía tan bien. Carlos nos mostró, cuando pudo hacerse, cuando había necesidad, urgencia de hacerlo, esos ojos que resumían una parte de nuestra historia reciente. Me hundí en sus ojos, los ojos de los niños de *Paracuellos*, que no buscaban venganza ni siquiera explicaciones; sólo querían recuerdo, respeto y memoria. Son los ojos de tantas fotografías y películas, vistos, sentidos, reconocibles por vínculo familiar, los ojos que explican historias, sobre todo los de los niños, porque hasta en tiempos violentos (sobre todo en tiempos violentos)

son grandes y expresan su sorpresa, grandes para abarcar al máximo la infamia (la estafa, que decía Haro Tecglen) que les propone el mundo de los adultos.

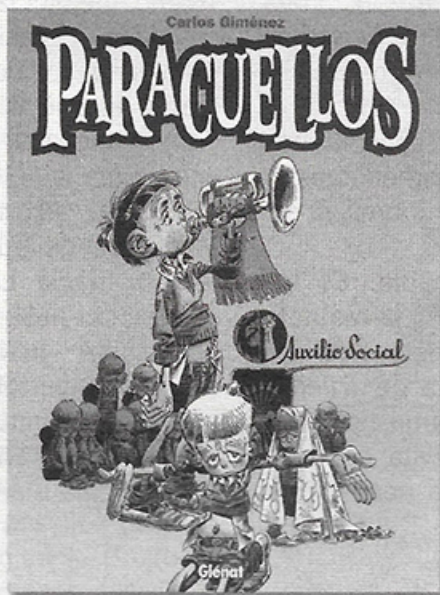
Carlos retrató los ojos de su memoria, los que le devolvían su propia mirada, por eso son tan reales, por eso saben comunicar. Con esos ojos esquivamos el olvido de los que escriben la

historia, retenemos el dolor y el desamparo, recordamos de dónde venimos, sabemos quiénes somos. Son esos ojos, los de los niños de *Paracuellos*, los que recuerdan toda la tristeza, la pasada y la presente, los que seguimos viendo en rostros de cualquier color o raza, no de cualquier condición, porque sabemos que hay vencedores y vencidos, sabemos de qué lado estamos. Esos ojos son los nuestros, lo sepamos o no, lo queramos o no.

Ojos de papel son los que un visitante ajeno a la vida podría observar en los originales de Carlos; no paseemos por esos originales, fijemos nuestros ojos en los suyos y descubramos su historia. Luchemos contra la mirada inerte del que observa las noticias del dolor entre cucharada y cucharada; la indiferencia es enemiga de la inteligencia y de la emoción, esa inteligencia y emoción que nos transmiten esos ojos. *Paracuellos* es una herramienta contra el olvido, las miradas de los ojos de sus protagonistas se clavan en la nuestra y nos recuerdan; recuerdan un país que fue y una angustia que no desaparece. Si nos quedamos con ellos, si nos quedamos en ellos, aprenderemos cosas.

Gracias, Carlos, por esos ojos.

Antoni Guiral



Cubierta del álbum *Paracuellos*, Glenat